

EL AGUA

SEÑORES :

Pido á UU. licencia para proponer un brindis y para pronunciar un discurso ; mas, antes de entrar en materia, imploro también permiso para hacer dos cosas.

Es la primera, dar las gracias á mis amigos Ramón y Nicolás Jimeno, por haberme honrado con una invitación, á fin de que ocupara puesto en la mesa de este ambigú ; y es la segunda, presentar una respetuosa manifestación de reconocimiento á los distinguidos caballeros que han querido reunirse con una persona desconocida en esta ciudad. Al Sr. Joy consagro la expresión de mi gratitud, por haberme permitido venir á respirar el mismo aire que él respira en el noble recinto de su hogar doméstico.

Habrà, pues, en lo que voy á decir, un discurso y un brindis. El primero ha principiado yá ; el segundo lo sabrán UU. al tiempo de concluir.

Muchas personas han hablado antes que yo, y lo que han dicho sé refiere casi exclusivamente á la manifestación de un honrado sentimiento político. El Sr. Dr. Rafael Núñez y el Presidente del Estado Soberano de Bolívar deben estar muy contentos por lo que en su obsequio y en todo rigor de justicia se ha manifestado. Yo no hablo sobre política, porque, á la verdad, ni la entiendo ni la sé. Si algo se me alcanza en ella, estoy cierto de

poder expresarlo en menos de dos minutos, evitándome de esta manera el disgusto de fastidiar á los oyentes. Hélo aquí: amo la República, no ciertamente por instinto, sino por convicción; amo la libertad en todas sus manifestaciones racionales y legítimas; amo el señorío del hombre en el ejercicio pleno de sus facultades naturales; pero lo amo con la condición de que en ningún caso lastime éste con su acción los derechos y las facultades ajenas. Queda, por tanto, establecido que no pretendo razonar ni sobre política ni sobre asuntos puramente sociales. Quiero y debo hablar en esta ocasión sobre el objeto preferente que nos tiene reunidos: quiero hablar buena y simplemente del agua.

Esta tesis tiene visos de ser muy trivial, porque, en definitiva, el agua parece cosa insignificante y de poco momento. Aquí la tenemos en los vasos y en las botellas, veámosla con atención. Es un líquido diáfano, inocente, modesto, humilde si se quiere. Vedla bien, señores. ni aun se toma la libertad de tener color, olor y sabor comparativos. Vedla bien, repito: no es blanca, su color no se parece á ningún otro; es el color del agua, indefinido y perfectamente vago. Gustadla: ¿á qué sabe? No sabe á ninguna cosa; sabe á agua. Aproximad la nariz: ¿huele? Me parece que nó.

Y, en resumen, ¿qué es el agua? Casi nada: una cosa que vemos y que usamos todos los días, sin que nos llame profundamente la atención; una cosa que no estimamos sino en el momento en que tenemos necesidad de ella, que olvidamos después, y que miramos luégo, si no con desdén, si al menos con cierta indiferencia que no hace honor á nuestra filosofía.

Y vuelvo á preguntar: ¿qué es el agua? Y vuelvo á responder: un cuerpo así, así; casi neutro y sin importancia particular. Cuerpo muy sosegado y muy quieto, muy reposado y tranquilo, si lo estudiamos en nuestras relaciones domésticas. Cuerpo casi sin valor. Fulano de tal es pobrísimo, "no tiene ni aun agua", dicen, para ponderar la miseria de alguno.

Claro como el agua, limpio como el agua, corriente como el agua, son frases comparativas que andan en boca de la gente y que son pronunciadas con diversa intención.

Y ¿de dónde nos ha venido el agua? Yo os lo diré: Andan por ahí, en grandísima abundancia, en todas partes, y muy especialmente en la atmósfera que nos rodea, dos cuerpos simples, casi imponderables: al uno lo llaman *oxígeno*, y al otro lo llaman *hidrógeno*. Los químicos los conocen muy bien: ¿los conocemos nosotros? Tal vez no; son tan sutiles, son tan incoercibles, que se nos escapan con frecuencia.

Sin embargo, llega un feliz momento en que el oxígeno y el hidrógeno, vagando por el espacio, se encuentran, se dan un beso y engendran el agua. A eso lo llama la ciencia *protóxido de hidrógeno*; y ese protóxido de hidrógeno tiene la preciosa virtud de cal-

mar nuestra sed y de obrar otras maravillas, que serían muy largas de narrar.

Además, puede suceder también que á esta agua ordinaria se agregue químicamente una cantidad mayor de oxígeno, y que entonces no sea ya un protóxido sino un deutóxido lo que resulte: materia fluida un poco más espesa que el agua común.

Pongamos una cápsula de platino en el centro de un horno con materiales en combustión; llevemos el calor al metal de la cápsula, hasta el rojo blanco; arrojemos rápidamente en el fondo de ella un poco de esa agua sobreoxigenada; retiremos la vasija velozmente, y derramemos su contenido. ¿Sábéis en qué forma caerá esa agua?

Caerá en forma de trozo de hielo. Hielo fabricado dentro del fuego. Esto parece increíble, pero es cierto.

Fenómeno misterioso parece el que acabo de referir, y ¿quién preside á él? ¿quién es el genitor sublime de este curioso fenómeno? Pues la casualidad, dicen los ateos: casualidad que ha venido repitiéndose y que se repite de un modo igual y constante desde el principio de la creación. Yo respeto á los ateos, porque en este mundo parece que todo va siendo respetable; pero me reservo el derecho de pensar y decir que no es la casualidad sino Dios el creador de este útil elemento.

Si nos detenemos á meditar en la historia geognóstica del globo que habitamos, sabremos, porque nos lo dicen los sabios, que en el desarrollo de la creación terrestre el huésped más recientemente llegado es el hombre. Cuando vino, ya el Supremo Hacedor de las cosas había producido el agua; y no así comoquiera, en pequeño acopio, sino en cantidad mucho mayor que la parte sólida de nuestro planeta. De esto deduzco, y me parece que no me falta razón, que mucho antes de que la leche llenara el seno de la madre para nutrir al infante, ya la acción previsor de la Providencia tenía preparado el fluido que debía correr misericordioso y benéfico por sobre el paladar sediento de la humanidad.

Si la festividad que hoy celebramos hubiera ocurrido en los remotos tiempos de Grecia, es seguro que habría sido dedicada á Neptuno, dios de las aguas, ó cuando menos á las Náyades, á las Nereidas, á las Ondinas ó á alguna otra de esas mitológicas creaciones que presiden, como hadas ó como ninfas, en las fuentes, en los arroyos, en los torrentes, en los ríos, en los lagos ó en las inmensidades del mar. Más positiva nuestra época, dedica estos felices acontecimientos al bienestar y á la civilización del mundo.

Las tradiciones fabulosas de los helenos y de los egipcios han pasado de moda. Sigamos, pues, las creencias del siglo XIX.

Yo me he estado en los primeros momentos de este festín escuchando respetuosamente los brindis propuestos por diferentes señores. Mucho ha sido el placer que he experimentado al oír ex-

presar exquisitos sentimientos y nobilísimas ideas. Era mi intención guardar silencio hasta el fin; porque, no teniendo cosa semejante que decir, temía alterar el curso elevado en que giraba el pensamiento de esta honorable reunión.

Hubo un momento, sin embargo, en que percibí que el Sr. Joy, en un brindis tan lacónico como elocuente, dijo estas inolvidables palabras: "Brindo, caballeros, por el famoso médico que acaba de llegar á Barranquilla". Al oír eso exclamé: "Presente", y pedí la palabra.

Yo sabía muy bien que el Sr. Joy no había hablado con referencia á mí, sino con referencia al agua; pero como soy un poco médico, ó por lo menos aficionado al oficio, creí comprometido el honor de la bandera, y cierto espíritu de corporación me estimuló á dar la bienvenida á un colega que me ha sido siempre respetable y querido por más de un título.

Efectivamente, el agua es un gran médico, porque es un elemento de limpieza, de bienestar, de holgura, de calma y de vida.

De todos los cuerpos inorgánicos, no hay uno solo que, tanto como el agua, imite á lo vivo las condiciones de un organismo. Líquido inquieto, la mayor parte de las veces tiene una movilidad superior á la de los otros cuerpos; y cuando de su mansedumbre habitual pasa á los transportes de lo que pudiéramos llamar su furor, llega á fuerza suprema y á vertiginoso movimiento; y como movimiento y fuerza parecen simultáneos con la existencia, es tal vez por eso por lo que el agua, por ministerio de su carácter propio, es higiene, es medicina y es vida.

Tántalo moderno, la ciudad de Barranquilla moría de sed teniendo el agua en los labios. El océano que la avecina y que la adormece con su perenne oleaje, no podía refrescar sus entrañas; porque, salobre, en vez de atemperar, estimula, y en vez de refrescar, enciende y quema. Las lagunas ó ciénagas que la rodean, en lugar de salud, le daban la muerte, con las substancias envenenadas y malsanas que contienen, producidas por fermentación incesante. El Magdalena, desdeñoso, la miraba á distancia y pasaba indiferente como pareciendo querer decirle: "Que de Ud. con Dios, amiga mía. Por el momento no me conviene hacerle el obsequio de mis salutíferas ondas".

Empero, llegó un instante en que, teniendo al frente las reclamaciones de una necesidad vital, esta sociedad se recogió en sí misma, meditó en sus conveniencias y vio lo que le faltaba. Le faltaba un acueducto que pudiese desviar las aguas del gran río y traerlas en abundancia y regarlas como un auxilio benéfico en el ámbito entero de su población. Las cajas del comercio se abrieron generosamente; los recursos quedaron creados; la cooperación fue general; la perseverancia, incesante, y la ciencia y el arte vinieron con su vara milagrosa á realizar esta obra redentora. Yo no conozco al ingeniero que ha dirigido la ejecución de este pro-

yecto ; pero, presente ó ausente, le mando la expresión estusiasta de mi admiración y respeto, por su inteligencia y talentos.

Hoy, como á eso de medio día, y en tanto que los invitados para la fiesta concurrían al lugar de la cita, me entretuve en estudiar detenidamente los pormenores de esta fábrica provechosa. Ciertamente no me ha parecido ni tan grandiosa como el Croton de Nueva York, ni tan espléndida como el célebre acueducto de Filadelfia, ni tan ostentosa como las ponderadas máquinas de Marly ; mas en cambio sí me ha parecido una concreta maravilla de ciencia y una encantadora joya del arte contemporáneo. La mecánica, la hidráulica, la neumática y otros ramos variados de la física aplicada, de las matemáticas—resumen sintético de los progresos del aliento humano en los tiempos que nos tocan—todo lo he visto reunido en aquella interesante localidad.

Entiendo que abuso de vuestra benévola atención, disertando tan largamente sobre este asunto ; pero me son indispensables algunos minutos más para exponer algo que se me ocurre en relación con las propiedades del agua.

He mencionado este elemento en lo que pudiéramos llamar su índole doméstica. Quiero considerarlo ahora en algunas de sus altas y sublimes manifestaciones.

Todo el mundo sabe que el cuerpo de que trato se presta á nuestro estudio en tres estados físicos diferentes : como vapor, como líquido y como sólido. Como vapor, yo lo contemplo por allá, en épocas muy remotas, tenidas como origen de la civilización, ó cuando en la ciudad de Alejandro hacía saltar estrépitosamente la tapadera de una olla en que hervía el puchero del sabio Herón. Aquel acontecimiento, pueril en apariencia, engendró la idea de la existencia de una fuerza que, andando el tiempo, debería ser empleada para transformar la faz del mundo industrial y científico. Efectivamente, vemos á ese poderoso agente obrar más tarde en los interesantes experimentos de Papin ; lo vemos en las manos inteligentes de Wat, y lo vemos obedecer sumiso á los mandatos imperativos del genio inmortal de Fulton. Por eso nos inclinamos, reverentes y agradecidos, cuando presenciamos que la locomotora mueve los trenes y traspasa las distancias con vertiginosa rapidez, y cuando, extasiados, nos imponemos de que nuestros buques recorren el Océano, contra vientos y corrientes, y cuando nos persuadimos de que con su poderosa majestad desafía y vence los huracanes.

Observada aun en su estado vaporoso, el agua nos cautiva y en tusiasma con sus variadas y lindas transformaciones atmosféricas, que cambian y multiplican caprichosamente el aspecto de los meteoros: ya son débiles vellones que se alzan de la superficie del suelo ; ya livianos copos que se mezclan, para dar lugar á ligerísimas neblinas ; ya densas emanaciones que dan espesor á la blanca y velciosa nube ; ya, por último, nubarrones condensados, oscuros

antros curfa de la tempestad, y de donde se desprenden, con fragoso estallido, matadores rayos.

Cuando el agua se eleva en la superficie de los ríos y de las vastísimas llanuras del Océano en forma de vapores tenues é invisibles, para concretarse luégo y caer en forma de aguaceros torrenciales sobre el lomo elevado de las cordilleras, sobre sus flancos dilatados y sobre los extendidos valles, da nacimiento á diversas corrientes que, reunidas, y en opulento caudal, vuelven al centro de donde salieron como volverá el espíritu del hombre al seno poderoso del Eterno. Verificación magnífica es ésta de la gran ley de rotación universal.

Hay en los espaciosos desiertos de la Libia, y acaso también en la mayor parte de los desiertos, algo que ha cautivado siempre mi pensamiento: el desierto propiamente dicho y el oasis. El primero es la arena, la desolación y la muerte. Todo en aquellas terribles soledades es una inmensa negación, si se exceptúa el influjo aterrador del simun y del siroco, y el del aire que calcina, y el del torbellino que sofoca. El segundo es la vida orgánica, revelada en el color verde de la palmera, en el dulzor del dátíl, en la frescura del follaje, en la galanura de las flores y en la trabazón encantadora del intrincado ramaje. Cuando el primero dice *no*, el segundo dice *sí*; cuando el primero asfixia, el segundo alienta; cuando el primero mata, el segundo vivifica; y todo eso ¿porqué? Porque el oasis es el desierto contrapesado por el agua.

Yo gastarí mi poca fuerza intelectual hablando sobre este simpático elemento; pero el asunto es interminable. Querer agotarlo, poniendo á contribución mi inteligencia sin fondo, sería caer en el interminable trabajo de las Danaides. Mas no concluiré sin decirlo en pocas palabras, ya que os he expuesto algunas ideas que el agua me inspira, los sentimientos que ella despierta en mí.

Yo amo y admiro el agua cuando, cristalina y pura, viene con espíritu de caridad á robustecer y dar energía al hombre; la admiro en el rocío matinal, cuando tapiza la pradera y parece regarla con astillas de diamante; la admiro en la fuente límpida, cuando descogidas sus diminutas ondas, imita una sonrisa; la admiro en los arroyos, cuando murmura y gime; la admiro en los torrentes, cuando regaña y amenaza; la admiro en la laguna, cuando juguetea con la brisa; la admiro en el estanque, cuando dormita y descansa; la admiro en el piélago profundo, cuando brama y ruge encolerizada y furiosa; la admiro en las regiones hiperbóreas, cuando cuaja en mares de hielo; la admiro en la atmósfera, cuando se desprende en forma de granizo, y la admiro sobre las altas cúspides del Orizaba, del Chimborazo y del Coto-paxi. Pero la amo y admiro sobre todo cuando se condensa en gotitas esféricas y difusas, y cuando limpios rayos de luz pretenden atravesar este opaco velo; pues entonces es de ver el es-

pléndido y simpático fenómeno que se presenta á nuestra contemplación. Juguetona y traviesa, retoza la luz con el agua, su hermana primogénita; mas ésta rompe, refleja, y descompone á la otra, ofreciendo á nuestras miradas el espectáculo sublime del arco iris: brillante camaleón del cielo, como lo apellidó Lord Byron, y símbolo de paz, de concordia y de alianza entre los mortales, según la relación bíblica. ¡Pluguiese á Dios no separarlo jamás del querido horizonte de nuestra patria, y á su bondad infinita realizar las promesas simbolizadas en el arco iris!

Alzad las copas, señores. Es éste el brindis que os había prometido al principio.

MANUEL URIBE A.

CIENTÍFICOS DE ANTIOQUIA